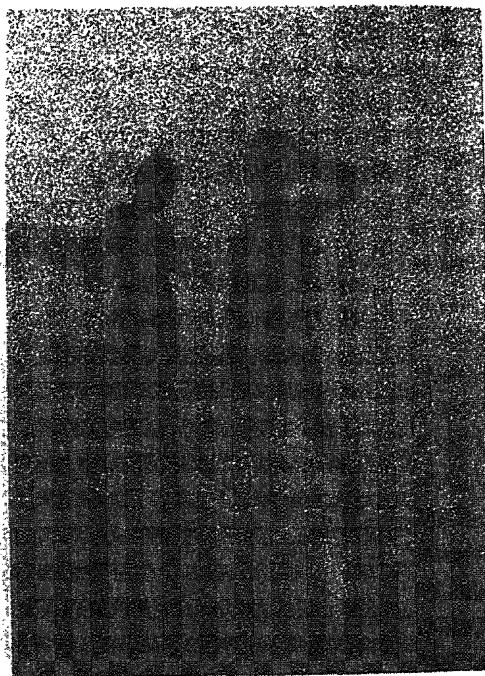


# REFLEXIONES SOBRE LA ESCUELA CRISTIANA

Juan R. Moreno, S.J.



*Estas líneas de reflexión pueden servir de alguna ayuda en la común empresa de ir encontrando el modo de que nuestras obras educativas respondan mejor a los actuales lineamientos apostólicos de la Iglesia, la Compañía de Jesús y la Provincia.*

La labor educativa no es sino una de las "multiformes" respuestas que la Iglesia da a los urgentes desafíos que le presenta su misión de evangelizar el mundo moderno.

Por eso su sentido y su función tendrá que comprenderse dentro de un más vasto proyecto evangelizador.

## 1. OBJETO DE LA EVANGELIZACION:

El objeto de la evangelización no es directamente Dios, sino el Reino de Dios entre los hombres. Su meta es hacer realidad el "Venga a nosotros tu reino" de la oración evangélica.

Esto significa por un lado aceptar y convertirse al Dios que se revela en Jesús. Pero supone por otro lado un cambio profundo en las relaciones de los hombres entre sí, de forma que Dios pueda ser reconocido como presente en la historia humana y ejerciendo efectivamente su soberanía sobre ella.

Dado que de hecho lo que ejerce su soberanía en la historia de los hombres es la maldad, la injusticia, el pecado, la acción evangelizadora lleva a una praxis histórica que busca con todas sus fuerzas el cambio radical de la actual situación.

Así la evangelización exige un proyecto global de construcción de una nueva sociedad y una nueva humanidad.

Nuestra C.G. XXXII ha querido concentrar esta doble dimensión de la tarea eclesial en la ya bien conocida fórmula: servicio de la fe y promoción de la justicia. Llevar a los hombres al reconocimiento y adhesión del Dios de Jesús, pero un Dios cuya presencia y soberanía tiene -para hacerse eficaz y creíble- que visibilizarse en una nueva manera de convivencia entre los hombres, diametralmente opuesta a la forma como hoy, negando el derecho y la justicia, negamos prácticamente la paternidad divina y la fraternidad humana.

Todo proyecto educativo, como cualquier otro proyecto apostólico, *"debe tener siempre ante los ojos el objetivo único y constante de la fe y de la promoción de la justicia"* (Dec.4, n.7).

Esto nos lleva indefectiblemente a situarnos dentro de esa realidad a la que tenemos que impulsar hacia cambios que, efectivamente hagan visible la presencia del Reino de Dios.

Pero al tratar de situarnos, para cambiarla, en la concreta realidad de nuestros pueblos topamos con un tipo de sociedad que no solamente es injusta y dependiente, sino una sociedad profundamente dividida. Dividida en partes -llámen-se clases sociales o como se quiera- que tienen intereses en contrados. Pretender la neutralidad es ya tomar el partido de la parte dominante. Y evangélicamente está claro que no es

éste el partido que hay que tomar sino lo contrario: la opción por los pobres, por los débiles, por los que no tienen voz, que se convierte así en criterio fundamental de toda acción evangélica. No se trata ahora de desarrollar y motivar este aspecto de nuestra misión. Ya está hecho en otros lugares (1). Sólo enfatizar que esta opción debe ser también el horizonte de la actividad educativa, su último punto de mira.

Preguntarnos por el sentido y valor de la escuela cristiana es preguntarnos cómo y cuándo sirve a la causa de los pobres. Hay que aprender a mirarlo todo desde la óptica de los pobres, desde sus sufrimientos y esperanzas, buscando eficazmente abrirles un futuro a través de un presente que comienza ya a hacer significativo y creíble el: "*Dichosos ustedes los pobres*", porque en él se hacen ya perceptibles los signos de la presencia del Reino de Dios. Así ya no se trata de aspirar a la "*mejor escuela*", sino a la escuela que mejor ayude a la causa de los pobres, que mejor contribuya a los intereses objetivos de las mayorías oprimidas.

Y esto no debe ser interpretado en términos puramente humanitarios: descubrir y combatir la pobreza sin denunciar y atacar sus causas estructurales, sino en términos de un proyecto global que tiene en cuenta todas las dimensiones de la vida humana, sin excluir las económicas y políticas, y pretende atacar el mal en sus raíces.

Todo lo demás no hará sino afianzar más el sistema y contribuir al fortalecimiento del Pecado-del-mundo que deberíamos quitar.

## 2. LA ESCUELA CRISTIANA

No es lo mismo escuela cristiana que presencia cristiana en la escuela. Puede y debe darse una presencia cristiana en la escuela oficial. Pero lo típico de la escuela cristiana es que toda la institución se estructura alrededor de un objetivo que es explícitamente cristiano.

(1) Cfr. por ej. Diakonia, 3, Octubre 1977

Conviene no olvidar que hay exigencias que son fundamentales para el cristiano sin serlo de modo específico. La justicia, el amor humano, son esenciales para el cristianismo, pero no le son exclusivos. No es lo mismo identidad cristiana que especificidad cristiana. La identidad cristiana de la escuela no puede reducirse ni tomar como criterio fundamental las profesiones verbales de fe, ni la enseñanza formal de temas religiosos, -aunque ambos sean necesarios-, sino que debe medirse desde su concreta orientación histórica: a qué señor está de hecho sirviendo. Hay que analizar lúcidamente el papel que nuestra escuela desarrolla en la sociedad y cómo se sitúa dentro de "*la lucha crucial de nuestro tiempo*" (Dec. 2, 2).

Así la estructuración y actividad toda de la escuela debe buscar primariamente la promoción de una alternativa de sociedad y de hombre cónsona con la buena nueva del Reino de Dios y, en consecuencia, con los intereses de los pobres. En este sentido busca incidir en la realidad social para transformarla, incidencia que, por ello, no puede menos de ser política.

Ni siquiera los intereses subjetivos de los alumnos, padres de familia y profesores pueden ser el fin primario de la escuela cristiana; a no ser que coincidan con los intereses objetivos de las mayorías empobrecidas. El punto será cómo la escuela puede servir a esos intereses. Sin duda que aquí será decisiva la aportación de profesores, alumnos y padres de familia, sobre todo si llegan a identificar sus intereses con los de los pobres. Esto no podrá hacerse sin contacto con la realidad, pero una realidad que hay que ir aprendiendo a mirar desde la perspectiva de los pobres, que hay que interpretar con corazón de pobre. Si este horizonte fuese tomado en serio y se lo adoptara como criterio permanente de estructuración interna, iría poco a poco la escuela cristiana encontrando el puesto que corresponde a su misión en la sociedad.

### 3. OBJETIVOS MAS ESPECIFICOS

El campo propio de la actividad escolar es la cultura. La educación que imparte debe ser un proceso a través del

cual se busque una sociedad alternativa creando una cultura, que asuma los genuinos valores y tradiciones del pueblo, y generando un hombre nuevo.

Pero el término cultura hay que tomarlo en el sentido que tiene en voces como agri-cultura, flori-cultura; es decir, como cultivo de la realidad. Se trata de hacer cultivos racionales de la realidad, que dominen la tierra, según el mandato del génesis, pero no de cualquier manera, si no "humanizándola", poniéndola al servicio del hombre -todo hombre y todo el hombre. (2)

Esto requiere en primer lugar un saber sobre el sentido y destino del hombre y su mundo. Es innegable el importante papel que aquí deben ocupar la teología y la catequesis.

En segundo lugar un saber sobre el hombre, la naturaleza y la sociedad; toda esa realidad que hay que cultivar. Y con ello un saber técnico sobre cómo transformarla. Y la motivación para que esa transformación sea promotora de justicia.

De este modo es la realidad misma que debe cultivarse la que ocupará el puesto central del proceso educativo. Frente a esa realidad el hombre debe situarse solidaria y activamente y hacerse responsable, o mejor co-responsable de su futuro. Así la ciencia se hace conciencia, y la educación contribuye a la creación de una nueva conciencia colectiva que asuma y haga resonar el sentir, los valores y la vida del pueblo.

Esto nos lleva a afrontar la tarea de una auténtica revolución de la cultura mediante la creación de nuevos valores. La conciencia tiene que hacerse crítica y desenmascarar en los valores actualmente introyectados por el sistema social lo que tienen de instrumentos de dominio y explotación, y en consecuencia lo que tienen de pecado y oposición al Reino de Dios. Hay que construir nuevos valores que respondan a las posibilidades y necesidades reales de las mayorías en la situación actual de nuestros recursos y el momento de nuestra historia que vivimos. Ver las cosas como son

(2) Cfr. I. Ellacuría, *Diez años después: ¿es posible una universidad distinta?*, en ECA, Octubre-Noviembre, 1975

y al mismo tiempo como debieran ser; y en ese contrase descu  
brir lo que, en unidad con los demás, hay que hacer. Así la  
escuela contribuye a formar la conciencia crítica creadora  
de una nueva realidad nacional.

Pero la nueva sociedad requiere un hombre nuevo. Tam-  
bién aquí la educación ocupa un lugar preponderante. ¿Qué ti  
po de hombre hay que ayudar a formar? ¿El hombre domesticado  
que dócilmente asume el sistema sin siquiera cuestionarse su  
validez? ¿O el hombre crítico y libre, capaz de rebelarse  
contra el mal y la injusticia y comprometerse en la lucha por  
la nueva sociedad?

Una educación liberadora ofrece -nunca impone- cuanto  
pueda ayudar a llegar a ese nuevo tipo de hombre. Deberá pro  
poner sus características y favorecer la formación de las ac  
titudes que le corresponden. Se trata ante todo de ese hom-  
bre que sabe hacerse libre en el servicio. El "homo serviens"  
de que nos habla el P. Arrupe(3), cuyo móvil ya no es la bús  
queda insaciable y egoista del tener más y dominar más, sino  
el de servir mejor y ser mejor hermano. Servicio y fraterni-  
dad que privilegia ante todo a los más débiles y empobreci-  
dos.

La misma búsqueda del saber tiene por fin potenciar la  
capacidad de servicio -no la de competitividad-, desarrollar  
los talentos dados por Dios a la sociedad en el individuo,  
para poder por medio de ellos contribuir mejor a la común ta  
rea de elevar la calidad de vida de todos los ciudadanos  
-hermanos- que la forman.

Todo esto supone un giro copernicano en nuestras insti-  
tuciones educativas. La formación de la sensibilidad y res-  
ponsabilidad social debe tener la primacía. Habría que bus-  
car formas eficaces de evaluar este aspecto, como tradicio-  
nalmente se ha hecho con lo académico.

(3) Cfr. en DOCUMENTACION de este mismo número: P. Arrupe, *El mejor  
servicio que los religiosos pueden prestar hoy*

#### 4. DIFICULTADES

Una de las resistencias más fuertes que encuentra este nuevo tipo de escuela es la inercia misma de la institución escolar, y los condicionamientos y presiones que el sistema social ejerce sobre ella. Sin duda que habrá que hacer un intenso esfuerzo y pagar un caro precio si de verdad se quiere encauzar la educación por una línea evangélicamente liberadora.

Otra seria dificultad es la falta de concientización del mismo personal directivo. Hasta qué punto expresiones como "promoción de la justicia", "opción por los pobres", etc. son entendidos en todo su radicalismo evangélico y transformadas en hechos operativos? ¿No se quedan las más de las veces en una identificación puramente intencional con la "causa por la justicia"?

Y si esto es cierto del personal religioso, mucho más lo será del resto del cuerpo docente -menos motivado y cuyos móviles no sobrepasan, con harta frecuencia, los de una honesta forma de ganarse la vida- y de los padres de familia -una gran parte de los cuales escogen nuestras instituciones educativas no por razones cristianas sino eminentemente profanas y egoistas.

Y no hay que olvidar los factores económicos y de escasez de recursos que tanto condicionan la escuela.

#### 5. CAMINOS DE SUPERACIÓN

Sin pretender ser exhaustivo, ni poner un orden de prioridades me atrevo a apuntar algunos caminos que podrían seguirse para hacer nuestras escuelas más operativamente cristianas en la línea descrita.

##### a) Personal religioso:

Tendríamos que empeñarnos en ahondar más el compromiso con la causa de los oprimidos y el cambio de las estructuras como una concreción de nuestra opción fundamental por Cristo.

Esto supone encontrar mecanismos no sólo de reflexión personal y comunitaria, sino de contacto vivencial con los más pobres. Debemos dejarnos enseñar y evangelizar por ellos. Normalmente nos encontramos encerrados en un círculo de relaciones y amistades -más bien alejados del pueblo-, que son los que nos transmiten sus propios puntos de vista, su interpretación de la realidad e incluso su propio estilo de vida. Si queremos de verdad identificarnos con la causa del pobre es necesario que rompamos ese círculo fatal y entrar, efectiva y afectivamente, en el círculo del pobre, participar de su manera de ver y sufrir la realidad, compartir sus frustraciones y esperanzas. No hay nada que pueda sustituir esta experiencia vivencial. La cuestión es: ¿estamos seriamente dispuestos a poner los medios?.

### b) Profesores

La educación para la justicia exige que el maestro sea el primero en percibir cómo los valores egoistas del individuo se proyectan en la sociedad y cómo el mal societal condiciona a su vez las decisiones del individuo; que sea el primero en identificar los intereses de las mayorías explotadas con los suyos propios. Todo esto en congruencia con una fe cristiana entendida como seguimiento histórico y eficaz del Jesús que se entrega por la causa de los hermanos. Servicio de la fe y promoción de la justicia. Por eso nuestra primera tarea sería comunicar a nuestros profesores laicos nuestras metas e ideales, la visión ignaciana del mundo y la historia, nuestra mística de servicio y transformación. En la actual situación, sobre todo, de nuestros recursos personales debería ésta ser una de las principales prioridades. Dedicarnos, más que al cultivo directo de los alumnos, a la reforma estructural de la institución y a la concientización y orientación del profesorado, que es el llamado a hacer esas estructuras operantes. No pueden permitirse en el cuerpo de profesores elementos disonantes con esta dinámica de compromiso cristiano. Y eso para que puedan ser más libres y fecundos en su acción educativa.

Se podrían seleccionar pequeños grupos de profesores más abiertos al mensaje evangélico y social y crear con ellos



auténticas comunidades de vivencia cristiana. Incluso pensar -como ya en algunas partes se va haciendo- en ir incorporando poco a poco en nuestras instituciones exalumnos más motivados e imbuidos de nuestra espiritualidad. Para este trabajo -genuinamente evangelizador- deberíamos recurrir a los Ejercicios Espirituales como un instrumento privilegiado y muy nuestro de comunicación mística cristiana.

#### c) Alumnos

Lo importante en el alumnado no es tanto su procedencia como el a dónde son capaces de llegar. Si lo que pretendemos son agentes de cambio, el criterio de selección no debería ser ni económico ni académico, sino su capacidad para comprometerse y favorecer eficazmente la transformación social. La democratización -a la que desde luego hay que tender por todos los medios posibles- es medio necesario para una mejor equiparación de las posibilidades y no perder posibles buenos candidatos. Es evidente por otra parte la fuerza que ejercen los condicionamientos de clase; idealmente deberíamos volcarnos más hacia la educación de las clases populares. Ya en el Evangelio son los destinatarios privilegiados de la acción de Jesús. Pero sin olvidar que eso no basta; también la educación de los pobres y marginados contribuye ordinariamente a inculcarles contenidos y actitudes provenientes de la ideología dominante y a convertirlos en servidores mejor preparados, pero sumisos, de una sociedad injustamente estructurada.

También dentro del alumnado se podrían seleccionar grupos que por su capacidad de resonancia y entrega pueden servir de fermento y a los que convendría acompañar más personalmente en un proceso hondamente evangelizador y comprometido.

#### d) Padres de familia

Si la escuela va tomando marcadamente este camino, los mismos padres de familia se irán autoseleccionando e irán confiándonos la educación de sus hijos aquellos, que, al menos, son menos resistentes a los cambios sociales y más abiertos,

por tanto, a una acción concientizadora y más cristianamente motivadora. Será así más fácil tener acceso a ellos e integrarlos en una comunidad educativa.

#### e) La institución

Finalmente -aunque ciertamente no sea lo menos importante- unas palabras sobre la institución misma. Habrá que romper la inercia en la que toda institución tradicional tiende a encerrarse. Es cierto que el ser de una institución depende de los que la forman, pero no es menos cierto que la estructura institucional acondiciona a su vez a los que la integran, y ahoga a veces con su peso los intentos de seria transformación.

Si, como hemos dicho, lo que en último término busca una educación auténticamente cristiana y liberadora es el cambio de la realidad, es indispensable que la escuela se inserte en esa realidad, saliendo al encuentro de ella y dejando que ella misma la invada. Y esto no sólo a través de nociones y lecturas, sino a lo vivo.

Aquí tiene grandísima importancia lo extraacadémico e informal. Por un lado hay que salir al encuentro de la realidad: buscar experiencias de campo en que los alumnos descubran y compartan la vida y el trabajo de sus conciudadanos más desposeídos. Que aprendan a ir analizando con ellos los problemas vitales y a descubrir sus causas verdaderas y vislumbrar sus posibles soluciones. Evidentemente que todo esto tendrá que tener en cuenta las capacidades de las distintas edades evolutivas.

Por otro lado dejar que la realidad invada la institución. Esto es, abrir las instalaciones y recursos al uso de los pobres: organización de asociaciones deportivas, grupos culturales y de reflexión, etc. que incluso podrían promover los mismos profesores y alumnos. Estos encuentros vivenciales e informales tienen una inmensa capacidad para crear solidaridad.

Por último, es cierto, que frente a las presiones del sistema y de los estratos dominantes nos encontramos casi im-

tentes. Pero no podemos menos de reconocer la presión que, a su vez, puede una buena institución educativa -y más si al rededor de ella polariza una diversidad de fuerzas- ejercer sobre el sistema mismo. De todos modos el Reino de Dios irrumpe como don gratuito del Padre. A nosotros nos toca luchar con las armas de nuestra debilidad; para que en ella El manifieste su fuerza. (cfr. 2 Cor. 12,8-10).

## 6. CONCLUSION

Con un sano realismo tenemos que aceptar que aunque esa sea su meta última, no va a ser la escuela -ni es esa su misión inmediata- la que va a cambiar el mundo y sus estructuras. Pero sería también irreal e injusto ignorar la enorme e insustituible contribución que pueda hacer a los cambios que de modos tan diversos todos buscamos, a través de ese lento proceso de ir generando una nueva conciencia y una nueva cultura que lleve a unos a un compromiso más radical y eficaz con el futuro del Reino de Dios, y haga en otros disminuir los prejuicios y resistencias que se oponen al proceso hacia una mayor justicia. Y sobre todo nunca perder la esperanza -incluso "contra toda esperanza"- de que el Reino de Dios vendrá. Un hombre nuevo para un mundo nuevo. Un mundo nuevo donde sea posible la existencia de ese hombre nuevo. Un Dios que se manifiesta como Padre de todos, y un Jesús, el Cristo, que incorpora en sí la realidad plenificada por la justicia y el amor para ponerla a los pies del Padre común.

*"De hecho la humanidad otea impaciente aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios; porque, aun sometida al fracaso, esta misma humanidad abriga una esperanza: que se verá liberada de la esclavitud a la de cadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios". (Ro. 8,19-21)*

